

VENERABLE
MARI CARMEN
González-Valerio
una niña hacia los altares



M. Carmen


Gabriel María Verd S.J. – 4ª edición

GABRIEL MARIA VERD CONRADI, S.J.

VENERABLE
MARI CARMEN GONZÁLEZ-VALERIO,
UNA NIÑA HACIA LOS ALTARES

4ª edición, revisada

Editan:
CARMELITAS DESCALZAS
ARAVACA-MADRID
1996

El autor somete todos los juicios de esta obra al dictamen de la Iglesia, Madre y Maestra.

Con las debidas licencias

En el *Monasterio de Madres Carmelitas Descalzas - Aravaca 28023 MADRID* se lleva todo lo relacionado con la causa de beatificación de Mari Carmen, y en él se encuentra el Archivo de documentos, declaraciones y objetos usados en vida por la Sierva de Dios. A él se pueden pedir estampas, información y libros sobre Mari Carmen. Se ruega que cuantos se vean favorecidos por alguna gracia concedida por intercesión de Mari Carmen, lo comuniquen a dicho Monasterio.

ISBN: 84-398-5906-6 • Depósito Legal: M. 29.768-1996

Imprime: Gráficas Don Bosco. Arganda del Rey (Madrid).

Los niños y la santidad

¿Puede un niño ser canonizado sin ser mártir? Como mártir naturalmente que sí. Pensemos sólo en San Tarsicio y Santa Inés, de tiempo de los romanos, y, de este siglo, en Santa María Goretti. Pues la santidad de un niño que derrama su sangre por Cristo no ofrece duda. Pero, ¿y cómo no mártir, lo que técnicamente se denomina “confesor” (de la fe)? Entre los menores de edad —los menores de 21 años hasta el nuevo Código de 1983— el primer canonizado es ya de la Edad Moderna, el novicio jesuita San Estanislao de Kostka, muerto con 18 años. Posterior es la beatificación y canonización de Santa Juana de Arco, muerta con un año más, los mismos 19 del obrero italiano Nunzio Sulpricio, beatificado por Pablo VI en 1963 delante del Concilio. A este reducido grupo sólo le podemos añadir una persona más, aunque sensiblemente más joven, el adolescente Santo Domingo Savio, muerto con 14 años y canonizado por Pío XII.

Pero, ¿y un niño? En 1988 ha sido beatificada la chilena Laura Vicuña, muerta con doce años. Desde 1990 tenemos a la Venerable Ana de Guigné, fallecida con diez años y ocho meses, y desde 1989 son Venerables los hermanos Marto, Francisco y Jacinta, videntes de Fátima, él con 10 años, y a ella faltándole sólo veinte días para cumplirlos. Pero todavía es más joven una niña española, Venerable desde 1996, Mari Carmen González-Valerio, muerta con sólo nueve años y cuatro meses de edad.

La dificultad para los niños está en si en tan cortos años han tenido tiempo de practicar las virtudes heroicas en el grado significativo que se exige para una canonización. Es sabido que el tiempo mínimo de virtudes heroicas que se suele pedir para un confesor son los diez años. Ahora bien, ya se dice que esta medida temporal hay que tomarla con flexibilidad, pues en unos sujetos puede ser más intensa que en otros. Por otra parte, pensemos que un niño ha de tener santidad de niño. Es decir, verdadera santidad, y heroica santidad —generalmente acrisolada en tan poco tiem-

po con heroicas enfermedades—, pero en la medida y con la modalidad que corresponde a su edad infantil.

Pues un santo canonizado, antes que un héroe, es un predilecto de Dios y un gran amigo de Dios. La heroicidad es necesaria, pero sólo en orden a lo segundo. Un santo es una persona que 1) ha sido elegida por Dios con gracias especialísimas, fuera de lo normal, 2) con el fin de que llegue a una extraordinaria amistad con Dios, 3) amistad que ha de probar con una fidelidad heroica a su Señor.

Ahora bien, ¿qué dificultad hay para Dios en el punto primero? Ninguna. La santidad de la Virgen Niña era ya mayor que la de cualquier santo adulto. Y en cuanto al segundo punto, ¿no puede Dios hacerse amigos especialísimos entre los niños? ¿Por qué le vamos a limitar ese derecho? Además, del primer punto se sigue la afirmación del segundo. En cuanto a la fidelidad heroica, también los niños pueden darnos ejemplos sobrados a los mayores.

De todo esto resultarán una maravillosa santidad infantil (a su modo, no como la de los adultos) y unos extraordinarios amigos de Dios de pocos años. Pues Dios también quiere tener amigos grandísimos entre los niños: “Dejad que los niños se acerquen a mí.” (Mc 10,14). Y a todos los niños les quiere proponer modelos de su edad en que inspirarse, fuera del campo del martirio.

La madera que Dios talló

Ahora bien, sí es cierto que en estos casos —como en los de los adultos— hace falta una mínima base humana adecuada, la “madera de santo” del lenguaje popular. En los niños no se trata de dotes extraordinarias, como las de los niños prodigio. Pero sí, junto con temple y carácter, una inteligencia muy despierta, que, iluminada por la gracia, sepa discernir el bien del mal, y darse cuenta de lo que supone Dios. Es decir, el uso de la razón, que ha de venirles con

cierta precocidad o madurez anticipada, si la santidad ha de alcanzarse en tan pocos años. Recordemos a Santa Teresita, que con dos años daba muestras de gran precocidad, y que pudo decir: “Desde los tres años de edad comencé a no rehusar a Dios nada de lo que me pedía.” Sin embargo, esta madurez no ha de ser tal que anule por completo su naturaleza infantil. Dios los quiere amigos, pero niños.

Pues bien, estas cualidades humanas básicas se daban en nuestra Mari Carmen. En las declaraciones de su proceso de beatificación encontramos numerosas descripciones de su carácter, de modo que nos vemos obligados a escoger. Entre ellas, leamos la de la enfermera que la trató en su penosísima enfermedad: “Era de voluntad vigorosa y de entendimiento claro y despierto. Era profundamente sincera..., de gran equilibrio de juicio, de ardor perseverante, de sensibilidad exquisita..., siempre consciente y responsable de todos sus actos... Era muy sencilla y natural en su trato, aunque más bien un poco seca por temperamento.” No era, pues, una niña modosita. “Era una niña completamente normal, de carácter fuerte”, dice una prima suya y compañera de colegio. Y otra prima: “Era de temperamento fuerte, terca en sus actitudes y que tenía amor propio. Y tengo que añadir que era de inteligencia muy despierta. No era persona abierta de carácter, pero se daba de verdad a aquellas que ella quería.” Como vemos, todos destacan su fortaleza de carácter, hasta parecer terquedad a veces —en Santa Teresita lo era abiertamente—; pero, como veremos, esta terquedad se manifestaba sobre todo cuando entraba en juego su rectitud de conciencia. Si no, se vencía. Lo dice su tía Sofía: “El único defecto que pudiera ponerse, si lo tenía, era su carácter fuerte en los primeros movimientos, que dominaba después.” En ese dominio estaba su virtud. Pues era muy obediente, y sabía dominarse, por ejemplo, cuando su hermana pequeña le desordenaba sus cosas. Ya que era muy ordenada, así como muy limpia, “presumida”

—dicen sus tíos— en el sentido de que le gustaba ir siempre bien aseada y arreglada. Y esta virtud de la limpieza será para ella otra fuente de sufrimientos en su última enfermedad como veremos.

Notemos, junto a su voluntad, su “entendimiento claro”, su “inteligencia muy despierta”, y cómo era “siempre consciente y responsable de sus actos.” Terminemos con el testimonio de su tía Sofía, tan cercana en su vida: “Era de rectitud de alma, de voluntad vigorosa, de claridad de entendimiento, de gran sinceridad. Vehemente, aunque sin perjuicio de que su juicio fuera equilibrado. Tenaz en su manera de hacer, de sensibilidad despierta, de juicio claro, muy recta en sus decisiones.” Y también: “Recuerdo que era muy sencilla y no la gustaba aparentar ante los demás. Aun siendo muy niña y muy consciente y con mucha personalidad, era muy natural y muy asequible en su trato con los demás. Me parece que no perdía la serenidad y el equilibrio ante cualquier clase de sucesos adversos que se presentasen.”

Prescindo ahora de otros juicios más morales que caracteriales. Así era la madera de Mari Carmen. Pero la madera sola no basta para la santidad. De gran carácter han sido también los hombres más nefastos de la historia... y muchos pequeños delincuentes. La santidad es un don de Dios. Pero Mari Carmen, en sus pocos años, tenía la capacidad de apreciar este don y de abrazarlo con todas sus fuerzas. Y eso fue lo que hizo.

Por otra parte, aunque más responsable que tantas personas mayores, no la veamos como un adulto de corta edad. Era “muy niña”, hemos oído a su tía. Su madre insiste con una expresión iterativa: “Era una niña muy niña”. De tal modo que, sólo cuando crecieron sus hermanitas menores, se dio cuenta su madre de que Mari Carmen era distinta. Pero siempre una niña, que jugaba con muñecas, y les hacía ropitas, y que pedía pasteles. Lo vamos a ver.



Los padres de Mari Carmen

Los capítulos de una vida

Veamos primero cómo se desarrolló externamente su vida, sin demorarnos todavía en su vida interior. Su padre se llamaba don Julio González-Valerio, su madre doña Carmen Sáenz de Heredia. Ambos procedían de la nobleza, y la profesión de su padre en estos años era la de ingeniero en una Compañía de ferrocarriles. Tuvieron cinco hijos, de los que Mari Carmen ocupó el segundo lugar. Pero el hecho familiar que más influyó en la vida de Mari Carmen fue que —como en el caso de Santa Teresita— sus padres eran religiosísimos, con una especial devoción a la Virgen, en cuyo honor ayunaban todos los sábados. Así pudieron crear un ambiente doméstico que propició la maduración de las gracias extraordinarias que Dios derramó sobre ella. Entre sus familiares merece una mención especial su abuela materna, Carmen también, que fue la que mejor percibió la profundidad espiritual de su nieta.

Desde el principio parecía que Dios tenía prisa en tomar posesión del alma de Mari Carmen. Llevaba sólo un mes en

el seno materno, cuando su madre la consagró a la Virgen en los días de la novena del Carmen, pidiendo para su hija que conservara intacta su pureza. Y prometió que hasta los tres años la vestiría siempre con los colores de la Inmaculada, blanco y azul, como hizo. Pero más notable es que Mari Carmen, que tendría después una constitución fuerte y un desarrollo desproporcionado para su edad, según uno de sus médicos, nada más nacer, el 14 de marzo de 1930, se puso gravísima, por lo que fue bautizada inmediatamente en su propia casa. Es que Dios Padre no quería esperar en tenerla como hija suya.

También es extraordinario que, por circunstancias del todo inesperadas, recibiera el sacramento de la confirmación con sólo dos años, el 16 de abril de 1932. Fue por iniciativa del Nuncio en España Mons. Federico Tedeschini, que era amigo de la familia, y la avisó de que iba a administrar la confirmación en el pueblo de Hortaleza, por si querían llevar a sus hijos. Era como si el Espíritu Santo tuviera prisa igualmente en enriquecerla con sus dones, y en darle la fortaleza que tanto necesitaría.

La primera comunión la recibió con sólo seis años, el 27 de junio de 1936, fiesta del Perpetuo Socorro, de especial devoción de su padre. También el Señor Jesús tenía ansias de entrar sacramentalmente en su alma. Sus padres, por otra parte, actuaron según los deseos de San Pío X, que dio la Eucaristía a los niños, sin poner más requisitos que el uso de razón y el discernimiento sobre la Eucaristía. Y Mari Carmen estaba perfectamente preparada, por su inteligencia y el conocimiento perfecto del catecismo.

Tampoco su madre estuvo desacertada en los motivos que expuso para adelantar la primera comunión de su hija: “Estaba en el convencimiento de que se acercaban momentos duros para España y para nosotros, ante el cariz de persecución religiosa que se aproximaba y quería mucho que la niña recibiese al Señor cuanto antes.” En efecto, sólo

veinte días después, el 17 de julio en Marruecos y al día siguiente en la Península, estallarí­a la guerra. Y la violenta persecución de años anteriores contra la Iglesia se recrudecería, como una terrible y absoluta voluntad de aniquilación de todo lo católico. “No creemos —dijo el Episcopado español— que en la historia del Cristianismo y en el espacio de unas semanas se haya dado explosión semejante, en todas las formas de pensamiento, de voluntad y de pasión, del odio contra Jesucristo y su religión sagrada... Contamos los mártires por millares.” Verdaderamente Mari Carmen iba a necesitar el Pan de los Fuertes. Otro 17 de julio de sólo tres años después entregaría su alma a Dios.

Llegó el 15 de agosto de 1936, día de la Asunción, y unos milicianos rojos se llevaron a su padre a una checa. El lo presentía, y le había dicho a su mujer: “Ahora los niños son pequeños, no entienden; pero cuando sean mayores, diles que su padre luchó y dio la vida por Dios y por España. Para que ellos se pudiesen educar en una España católica, con el Crucifijo presidiendo en las escuelas.” Pero a las diez de la noche de ese día Julio ya estaba de vuelta.

Sin embargo, pocos días después se lo llevaron de nuevo, a la checa de la calle Marqués de Riscal, en la misma calle donde vivían. Su mujer podía verlo un instante cada día con sus hijos al pasar ante la reja. Pero el 29 de agosto, estando ella refugiada en el sótano de su casa, oyó desde un camión que pasaba: “Carmen, Carmen.” Poco después su marido caía asesinado.

¿Por qué lo soltaron la primera vez? Tal vez, piensan algunos, para que reflexionase sobre una propuesta de volver al Ejército, a favor de la República. Pues él, antiguo militar de Artillería, había abandonado el Ejército en 1929, aún en la Monarquía, justo antes de casarse, para pasar a trabajar como ingeniero en una Compañía de ferrocarriles. Pero también pudo haber sido muerto simplemente por su significación de católico, como tantos otros seglares, sin

contar los miles de sacerdotes mártires. En cualquier caso, él ofrecía su vida por “una España católica, con el Crucifijo presidiendo en las escuelas.” Y aunque sea difícil demostrar que murió teológicamente como mártir desde el punto de vista de sus asesinos, está claro desde su compromiso personal. Así fue como lo veía su hija Mari Carmen, que decía: “Mi padre murió mártir, pobre mamá, y yo muero víctima.”

La importancia de tal asesinato en el alma de Mari Carmen sería grandísima. Pero ahora sigamos con los hechos externos. Muerto el padre, el peligro de su madre apareció como muy grande, ya que era prima hermana de José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, así como sobrina del fallecido general don Miguel Primo de Rivera. Y por ello buscó asilo en la Embajada de Bélgica. Los niños quedaron al cuidado de su tía Sofía. El hijo mayor, Julio, quedó consternado cuando vinieron de la embajada por su madre, creyendo que le iba a ocurrir lo mismo que a su padre, pero Mari Carmen, con su inteligencia despierta, se dio cuenta en seguida de la diferencia de situación, tomó a su hermano del brazo y lo metió en la casa. A veces su tía se angustiaba y Mari Carmen le decía: “No te apures, tía, vamos a rezar el rosario y a las llagas de Jesús.”

De pronto llega la noticia de que se van a llevar a los cinco niños a la URSS, con tantos otros, para educarlos en el marxismo. Su madre se muere de angustia, quiere salir de la embajada, y el embajador accede a admitir a sus hijos en la sede diplomática, aunque no cabía uno más en ella. Era el día de la Virgen de Lourdes, el 11 de febrero de 1937, cuando aparecen todos en la embajada. Mari Carmen, con apenas seis años, traía en brazos a su hermanita más pequeña de meses. Sólo minutos después de salir ellos, llegaba a su casa el camión de milicianos que iban a llevárselos.

Mari Carmen ayuda mucho a su madre en la embajada, pero ésta un día la regañó. Cuando vio a su hija con su mu-

ñeco grandote, que le había pedido al embajador que le trajera de su casa. “¿Por qué has molestado al señor embajador con esa bobada?” Mari Carmen, no lo olvidemos, “era una niña muy niña.”

El 31 de marzo de 1937 la embajada logra organizar una evacuación. Salen en camiones para Valencia. Embarcaron para Marsella; y de allí pasaron a la España nacional, instalándose en San Sebastián. La guerra se alarga y los niños han de estudiar. En el curso de 1937-1938 va Mari Carmen a un Colegio de Religiosas del Sagrado Corazón, pero en octubre de 1938 entra interna en el que tenían las monjas Irlandesas en Zalla.

Vacaciones de Semana Santa. El Jueves Santo 6 de abril de 1939 va a Misa con su abuela a la iglesia del Buen Pastor de San Sebastián, y allí hizo su entrega total a Dios. Analizaremos este hecho. Dios la aceptó. Pues vuelta al colegio, aparece la escarlatina. El 8 de mayo se encama. Al principio parecía sin importancia, pero se complica con una otitis y mastoiditis, que degeneró después en septicemia con una localización cardíaca y renal. El 27 de mayo la traen en coche a Madrid. Aquí es operada. Pasó indecibles dolores con admirable amor a Dios y paciencia. Hasta que la Virgen se la llevó el 17 de julio de 1939.

Pureza, caridad, verdad

Mari Carmen se distinguió desde muy niña por una delicadeza extrema en la virtud de la pureza. Tenía mil detalles que los niños de su edad no advierten sin malicia. No se trata, pues, de decir que evitaba pecados exactamente. Sino de que, dentro de lo que es inocente en los niños, tenía una luz especialísima de Dios, que le pedía un recato fuera de lo ordinario. Así lo vio su abuela en el caso siguiente, que cuenta su madre: “Recuerdo un día que iba a ir a una

fiesta de niñas en San Sebastián y que le puse un traje escotadito y sin mangas y le encargué que no se arrugase; y mientras me entretuve en arreglar a otra de sus hermanas más pequeñas, la encontré que se había puesto una chaqueta. Me enfadé mucho con ella y la reñí diciéndole que yo misma la había vestido para que fuese bien arreglada y que en un momento se había arrugado el traje, que habían terminado de plancharle. Era el mes de agosto, frío no podía tener, ¿por qué quería ponerse chaqueta? Ella llorando me dijo que con aquel traje no iba. Y cuando yo la castigaba a quedarse en casa o quitarse la chaqueta, mi madre, que presenciaba la tragedia, me llamó aparte y me dijo que no tenía derecho a ahogar los sentimientos modestos que ya en otras ocasiones había notado en ella, y que ante Dios daría yo cuenta de educarla de esta manera. Y Mari Carmen fue con la chaqueta a la fiesta.” Su abuela tenía razón: “Ese pudor instintivo es cosa de Dios.”

A esta luz hay que contemplar otros hechos que en los demás niños no tienen importancia, pero que en Mari Carmen respondían a una delicadeza que venía de Dios, y que justificaban su santa terquedad. Como cuando con dos años no se dejaba desnudar delante de su hermano, un año mayor que ella, que estaba en la habitación sin hacerle caso. O cuando con tres tenía que llevar las arras en la boda de una tía suya; y se disgustó porque iba sin mangas, y le tuvieron que poner unos guantes blancos que le tapasen los brazos por entero. O cuando les pedía a los Reyes Magos que le trajeran “camisitas”, “para ir modesta, mamáita.” En los veraneos, pasaba tan malos ratos en la playa, que tenían que dejarla jugando en el jardín de su casa. Desde pequeña se arreglaba sola y se encerraba en su cuarto. “Un momento, abuelita, estoy terminando de vestirme.”

La enfermera que la cuidó en su penosísima enfermedad testifica: “Demostró con hechos que amaba apasionadamente la angélica virtud de la pureza. Cuando teníamos

que cambiarle las ropas de la cama o su ropa personal, ella sin decir nada se la veía que pasaba mal rato y se las arreglaba como podía para cubrirse. Teniendo en cuenta el calor sofocante de aquellos días, nunca pedía que se la descubriera. Y aun las mismas inyecciones, sobre todo los sueros, prefería que se los pusiera en sitio, que aunque fuera más doloroso, fuera también más modesto.”

A propósito de su repugnancia por la playa, dice su madre: “Entonces empecé a advertir que había algo especial en el proceder de mi hija.” Así es, como que no se explica sin una luz vivísima que le había dado Dios sobre la grandeza y la fragilidad de la virtud de la pureza. Y el Dios tres veces santo se complacía en este amor.

Junto a la pureza, la caridad. Si llamaba un pobre a la puerta y abría ella, primero le daba una limosna de sus ahorros, y después le decía: “Ahora llame otra vez para que le dé mamá.” Y como sabía que su madre daba su ropa usada a los pobres, con frecuencia, al poco de estrenarla, le decía que su jersey o sus zapatos estaban gastados, para que los diera. Cuando estuvo en Zalla quiso que sus regalos de Reyes fueran todos para las niñas pobres, lo que consiguió. Y escribía a su abuela días antes de caer enferma: “Me gustaría mucho que mandaras lana para hacer un jersey para los pobres.” Pobres de los que no se olvidaba, como veremos, en medio de los terribles dolores de su última enfermedad.

Con la servidumbre de su casa tenía detalles impropios de su edad. “Mamá, tienes que tratar bien a los criados. Bastante es que nos sirven. Y piensa que tú también sirves, porque tú sirves a Dios.” En los meses en que su madre estaba refugiada en la embajada de Bélgica y ellos en casa de su tía Sofía, se enteró Mari Carmen de que una antigua sirvienta de la casa de su madre estaba enferma, lejos de allí. Le pidió permiso a su tía para visitarla, lo que ésta le permitió hacer con otra chica de su confianza. Pero su tía pa-

só un gran temor y no la dejó salir más.

Estando en San Sebastián, cuenta su abuela: “Le dábamos dinero para que ella se comprara juguetes o lo que fuera; y ella se lo daba al ama para que les comprara juguetes a sus niñas, advirtiéndole que no nos dijera nada a su mamá o a mí.” Con la intención de que éstas también le dieran. Mari Carmen, según el ama, era muy atenta con el servicio de la casa. Una vez vio llorando a la señorita que cuidaba de los niños, porque nadie le escribía por no tener familia. Desde entonces Mari Carmen le escribía de vez en cuando alguna carta, haciéndose pasar por una antigua amiga suya. La institutriz se dio cuenta, naturalmente, pero confesó que “le compensaban tanto sus cartitas, que nada echaba ya de menos.”

Mari Carmen era una niña extremadamente recta. “Siempre obedecía a la primera”, dice su madre, lo cual en los niños es excepcional, y más en ella, que no era una niña apagada, sino de carácter. Y veremos que esta obediencia fue heroica en su enfermedad.

En cuanto a su veracidad dice su abuela de ella: “No recuerdo haberla cogido en ninguna mentira.” “Odiaba la mentira y no quería que mintiese yo”, dice su madre a propósito de lo siguiente. Los niños solían salir con una señorita a jugar a la Castellana. Un día Mari Carmen le preguntó a su madre si iría a recogerlos. Y ésta, aunque sabía que no podría ir, le contestó que sí, porque le daba pena que se fuese triste. Cuando Mari Carmen volvió a casa, preguntó a su madre: “Cuando me dijiste que ibas a ir, ¿sabías que no irías? Te *busquiba*, te *busquiba* y no te *encontriba*.” “Pues mira, sí lo sabía, pero no quise que te fueses triste.” “Pues más triste me pongo —contestó—, si mientes. A mí me dices siempre la verdad y estoy contenta; pero no mientas, mamá.”

“Llena del Espíritu Santo”

Su piedad no hay que ponderarla. Y no simplemente porque se le pasara el tiempo contemplando las estampas que tenía en su cajita, o porque les diera “clase espiritual” a sus muñecas, enseñándolas a rezar y a santiguarse, pues estas cosas las pueden hacer también otras niñas, sino por la unción especial con que lo hacía. Parece que ya con cuatro o cinco años le gustaba dirigir el rosario en familia, recitando de memoria las letanías de la Virgen en latín. También esto era frecuente en muchos hogares cristianos de entonces y después, pero Mari Carmen tenía además devoción en rezar cierto rosario de las Llagas. Y aunque se trata de algo ya distinto, digamos que se hizo hacer un “rosario de prácticas”, a imitación del de Santa Teresita, y que equivalía al “examen particular” de virtudes y defectos de San Ignacio. Como ignaciano era el cuaderno de *Actos* que llevaba, con la cuenta de sus virtudes y obligaciones diarias: obediencia, mortificación, pasillos, clases, estudio, rosario, comulgar, Misa, jaculatorias,...

No es cuestión de recontar la intensa vida de piedad que vivía con sus padres, cómo éstos le enseñaban a rezar en la Misa, en la consagración, etc., antes de que hiciera la primera comunión. Pero lo mismo enseñaban sus padres a sus otros hijos, y sus hermanos no reaccionaban con la misma intensidad.

Como sabemos, con seis años hizo su primera comunión, con la que soñaba desde que vio la de su hermano, que la hizo en la misma gruta de Lourdes, como agradecimiento tras una grave enfermedad. Mari Carmen iba al Colegio de las Esclavas a recibir su preparación. Antes entraba en la capilla, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento, a saludar al Señor y contarle sus cosas. “ ¡Qué bien decía las oraciones; qué interés ponía en las explicaciones!”, decía la monja que la preparó. La preparación continuaba en su

casa, con el mismo libro con que se había preparado Santa Teresita, traducido al español por una carmelita amiga de la familia, la cual le comunicó una devoción particular a la santa de Lisieux.

Verdaderamente la Eucaristía fue el motor de su santidad. “Gracias a la Comunión muchos niños serán santos”, dijo San Pío X proféticamente. La madre de Mari Carmen nos dice: “En realidad empezó a santificarse después de hacer la primera comunión.” Desde antes ya era espiritualmente una niña distinta a las demás, pero desde su primera comunión el cambio se intensificó. La canción que se cantó ese día mientras se acercaba a comulgar la recordaría y le daría fuerzas hasta el lecho de muerte. Desde entonces empezó a asistir a la Santa Misa y a comulgar prácticamente a diario. Estando interna en el colegio de Zalla, se levantaba por su cuenta muy temprano para poder asistir sin falta a la Misa de las monjas; y en una comunión haría su entrega total a Dios. San Pío X resultó profeta.

Nuestra niña fue bautizada como María del Carmen del Sagrado Corazón, y le tuvo gran devoción a este misterio del Señor. Su ama cuenta lo siguiente: “Mentaba mucho, al hablar conmigo, al Sagrado Corazón de Jesús y me decía que era muy bueno. Yo le decía que también yo le tenía fe. Y ella me insistió: se la tenga Ud. siempre, ama.” Esta devoción la aprendió en especial de su abuela, que había hecho de su casa una oficina de propaganda del Corazón de Jesús como Amor Misericordioso. Mari Carmen le daba a su abuela dinero de su hucha, para que le comprara propaganda para repartir. Y en aquel Madrid revolucionario nuestra niña repartía por la calle detentes y estampas a los transeúntes con admirable ingenuidad.

Una vez, viendo a su madre abrumada por el trabajo doméstico, le dijo: “Mamá, te afanas demasiado por las cosas de la tierra. Tienes que rezar más. Estamos de paso.” Y como su madre le contestara: “Hija mía, tengo que arreglar la

casa”, le replicó: “Mamá, tu casa es el cielo. Mamá, cuando vas de viaje y pasas la noche en un hotel, no te preocupas de adornar el cuarto, ni pones el retrato de papá. Es que una noche se pasa de cualquier modo. Pues mira, mamá, así es la vida, así estamos en este mundo.” Probablemente había oído lo de Santa Teresa, de que nuestra vida es una mala noche en una mala posada, si no unas frases más parecidas de San Juan Crisóstomo (PG 52,401). Pero que fuera una repetición no significa nada. Lo significativo a la edad de Mari Carmen y en sus circunstancias (parece que fue en su enfermedad) era que indica que vivía con la mirada puesta totalmente en el cielo.

En otra ocasión estaba hablando con aquella amiga de la familia que había sido carmelita en Lisieux, y después lo sería en Tanger, cuando la abuela las interrumpió: “Pero, ¿qué habláis tanto?” Y la niña contestó: “Abuela, estamos tratando de cosas *místicas*.”

En el colegio de Zalla dio muestras de gran interés por las misiones, trabajando la que más por el DOMUND. También ofreciendo pequeñas mortificaciones, como contó su profesora de religión, que añadía: “Cuando las preparaba para la confesión, podía ver en su rostro el horror que le causaba el pecado y su empeño en hacer bien el acto de contrición.” Como que todos sus actos infantiles brotaban de una fuente profunda, de su gran amistad con Dios.

Así se mostró cuando, también en el colegio de Zalla, hizo Ejercicios Espirituales con sus compañeras. Cuando al final las niñas jugaban en el jardín, el sacerdote que había dirigido el retiro preguntó a una de las monjas: “Dígame, Madre, ¿quién es una niña como de diez años, morenita, que se llama Carmencita?” La Madre se la señala: “Mire, Padre, es aquélla que ahora mismo atraviesa corriendo el jardín.” Y el Padre comentó: “*Pues esa niña está llena del Espíritu Santo.*”

Observemos esta frase y el momento en que se dice. A

imitación de la “llena de gracia”, Mari Carmen vivía llena del Espíritu Santo, el cual regía todos sus actos, y rebosaba en su alma. En cuanto al momento, se dice antes de su última enfermedad. No creamos, pues, que se santificó sólo en esa dolorosísima prueba, sino que ya antes había llenado su vaso de barro con el don del Espíritu Santo. Y eso es la santidad. Lo llevaba ocultamente, era su secreto, pero ya existía. Su paciencia y amor en la enfermedad serían sólo la más bella floración de la savia que ya circulaba en su alma.

“Me entregué”

Mari Carmen tenía sus secretos. Por ejemplo el cuaderno de *Actos* que hemos mencionado, en el que estaba escrita tres veces por delante y por detrás la palabra “privado”. Este cuadernito, con su agenda, estaban guardados en un sobre cerrado con varios papeles de goma, en los que se leía tres veces “privadísimo, privadísimo, privadísimo.” Todo, metido en su cartera del colegio. Cartera que pedía frecuentemente durante su enfermedad, pero que no le quisieron dar providencialmente, pues tal vez hubiera destruido sus papeles. Así, cuando murió, se descubrió el sobre, se rompieron los sellos y se pudo leer su gran secreto, el que arroja una luz especial sobre todos los actos de su vida. Pues, entre otras cosas, se leía en su agenda: “*Me entregué en la parroquia del Buen Pastor. 6 de abril 1939.*”

En realidad, “*me entregé*”, con su falta de ortografía infantil. Pero así de maduro, así de escueto y así de rotundo.

La parroquia del Buen Pastor es la de San Sebastián. ¿Qué ocurrió ese día, Jueves Santo de 1939? Su madre estaba en el Madrid recién liberado, arreglando la casa, pero su abuela lo recordaba perfectamente. Mari Carmen le preguntó al entrar en la iglesia: “Abuela, ¿me entrego?” Y ésta le contestó: “Sí, entrégate.” Y cuenta: “Cuando yo iba

tras ella, a la vuelta de comulgar, parecía que le llevaban los ángeles por el aire. Metió su cabeza entre sus manitas y estuvo largo rato de rodillas dando gracias; tanto que yo pensé: esta niña puede ser muy bien Santa Teresita.” Y añade: “Al salir de la Iglesia, me preguntó: abuela, ¿qué es entregarse? Yo le contesté: Entregarse es darse enteramente a Dios y ser toda de Dios. Después de esto, jamás volvió a hablar de su entrega.” Como que era su secreto.

Pero hubo algo que desconcertó a su abuela. “El contraste fue grande, pues al salir a la calle me pidió la metiera en una pastelería y convidara a todos a pasteles. Y yo no me di cuenta que ella indudablemente quería celebrar algo y, por el contrario, pensé: igual que todos los niños.” En efecto, lo celebraba al modo de los niños —gracias a Dios seguía siéndolo—, pero creo que la reacción de Mari Carmen se explica mejor, si la relacionamos con lo que se dice en una de sus biografías: que sus padres los días del Señor solían celebrarlos comprando pasteles después de la Misa. De modo que los pasteles no indicaban el deseo de unas golosinas, sino la *importancia espiritual* que le daba Mari Carmen a ese día, así como su alegría interior.

Precisamente un Jueves Santo, el día del amor supremo, el día en que el Señor “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1), entregándose irrevocablemente en la Eucaristía, precisamente un Jueves Santo se entregó a su vez a su Señor Mari Carmen González-Valerio.

“Yo muero víctima”

Algunos han intentado precisar el sentido de esta entrega. ¿Fue una entrega en general, o para un fin determinado? ¿Una entrega esponsalicia? ¿Una entrega victimal?

Es posible que esté relacionada con la muerte de su padre

y la salvación de los que lo mataron. De todos modos, es éste un punto esencial en su itinerario espiritual, que podemos considerar aquí. En la misma agenda, con fecha 29 de agosto, había escrito: “*Mataron a mi pobre padre*”. Y en una de sus últimas páginas: “Viva España. Viva Cristo ¡¡¡Rey!!!”, el grito con que caían en los labios los mártires de la guerra, y que podía suponer en su padre. Por otra parte, en un trocito de papel doblado, otra vez con la nota de “*privadísimo*” había escrito: “*Por papá. 7-5-1939*” La frase en sí no parece importante. Podría significar, por ejemplo, que había ofrecido ese día la Misa por su padre. Pero a algo muy importante se tenía que referir, cuando escribió “*privadísimo*”. Pues bien, observemos que la fecha corresponde a la víspera de meterse en la cama por la enfermedad. La enfermedad se había manifestado a los quince días de su entrega, y su madre conjetura que empezó a incubarse aquel mismo día. Mari Carmen sabía además que se moriría, y victimalmente. Pues le dijo a su enfermera: “Mi padre murió mártir, pobre mamá, y yo muero *víctima*.” ¿Víctima por qué?

Mari Carmen no sólo había perdonado a los asesinos de su padre, sino que la salvación de ellos era su gran preocupación. Y a los asesinos los concretaba desde su mente infantil en la figura de Azaña, el presidente de la República. Como cuando preguntaba ingenuamente desde sus seis años: “Mamá, ¿Azaña se salvará?”. “Yo le dije, cuenta su madre, que si hacía penitencia y rezaba por ellos, se salvarían.” Y sin duda Mari Carmen lo captó, pues cuando su madre estaba en la embajada de Bélgica, según cuenta su tía Sofía, con la que vivía, “rezaba todos los días el rosario de las Llagas por la conversión de los asesinos de su padre. Y me decía: Tía Fifa, vamos a rezar por papá y por los que lo mataron.” Observemos cómo unía en el recuerdo y en el rezo a uno y a otros. Y su tío Javier afirma: “Sentía deseos de la conversión de los pecadores, como lo prueba el hecho de

que ofreció los sufrimientos de la enfermedad y de su muerte por la conversión de Azaña, que se consideraba un símbolo de la persecución religiosa de los que asesinaron a su padre.”

En resumen, no podemos precisar con certeza absoluta el sentido de su entrega en aquel mismo 6 de abril de 1939. Pero sí el que le dio Mari Carmen al menos retrospectivamente, cuando cayó enferma: por su padre y por los que lo mataron. Ahora bien, y es importante, no lo hizo como quien ofrece a posteriori por una causa determinada unos sufrimientos imprevistos, sino como quien percibe que existe una vinculación desde arriba entre sus sufrimientos y la causa a la que sirven. Lo hubiera previsto o no el día de su entrega. Lo dijo claramente: “*Yo muero víctima.*”

Un año después, el 3 de noviembre de 1940, en Montauban (Francia), Azaña rendiría su alma a Dios. Según testimonios escritos del obispo, Monseñor Théas, el cual le asistió espiritualmente en esos momentos, Azaña, a pesar del cerco de sus amigos, “recibió con plena lucidez el sacramento de la Penitencia” así como la Extremaunción y la Indulgencia plenaria, “expirando dulcemente en el amor de Dios y la esperanza de su visión”. Sin duda Azaña ignoraba que en el camino de su vida se había cruzado una niña de nueve años, que había orado y sufrido por él.

“No hay parte sana en él”

Mari Carmen conocía desde temprano el valor del sufrimiento. Era muy pequeña y estaba jugando con su hermano, cuando su abuela le preguntó un día a éste si quería ser santo. Julio respondió que sí, y entonces Mari Carmen saltó rápidamente con su lenguaje infantil: “¿Pero tú sabes lo que es eso? Para ser santo hay que chincharse.”

Mari Carmen sí supo lo que era eso, y en un grado super-

lativo. En otra agenda de 1.939, en la página del 8 de mayo, escribió por última vez: “Me metí en la cama del colegio de Zalla.” ¿Sabía que se iba a morir? Aunque una frase suya de los primeros días podría suponer la perspectiva de una curación, una compañera de colegio dijo: “Cuando se la llevaron a la enfermería, hizo algún comentario, cuyas palabras exactas no puedo precisar, pero hizo notar que ella pensaba que se iba a morir; cosa que nos llamó la atención, porque entonces no había base ninguna para pensarlo.” En cualquier caso pronto llegó a anunciar hasta el día de su muerte.

Sí es importante señalar el grado de absoluta indiferencia en que se colocó. Cuenta la Madre Annunciata, su profesora de Religión: “Recuerdo que fui a visitarla estando enferma. Se habló de pedir a Dios por su salud. Yo le dije que se haga lo que Dios quiera o así. Y esta frase, según me dijo la familia, la repetía durante su enfermedad.” En efecto, cuando por ejemplo le decía su abuela: “Vamos a hacer una novena, para que te pongas buena”, ella contestaba siempre: “Que sea lo que Dios quiera, como decía Madre Annunciata.” O si su madre le decía: “Mari Carmen, pídele al Niño Jesús que te ponga buena”, ella contestaba: “No, mamá, yo no pido eso, pido que se haga su Voluntad.” Y así siempre.

Este abandono se manifestaba en los menores detalles. Una monja le cerraba las ventanas, diciendo: “¿Cuánto tiene que molestarte tanta luz!”, y contestaba: “Muy bien, Madre. ¡Dios se lo pague!” Llegaba otra y le abría las ventanas, para que le animara “este sol que da gloria.” Y respondía: “Dios se lo pague, Madre, ¡así está muy bien!” Lo mismo si le preguntan por la comida que prefería: “Tráigame lo que a todas. A mí me gusta todo.” Es que ella se había entregado al amor de Dios, y había cambiado su voluntad por la de El.

Lo que parecía una enfermedad sin importancia, se agra-

vó. Y el 27 de mayo la trajeron en coche a Madrid. Con urgencia se le hizo una trepanación mastoidea, ampliada con trombectomía. Pero, como se vio que el mal no tenía pronto remedio, a la semana se la llevaron del hospital a su casa. En realidad los médicos sabían que luchaban contra un imposible —“Desde el primer instante comprendí que estaba derrotado de antemano”, confiesa uno de ellos—, pero no dejaron de aplicar cualquier posible remedio, por doloroso que fuera, produciéndole un martirio inútil.

Sobre este martirio existen numerosos testimonios, que hemos de simplificar. Leamos unas líneas del de Maripé, su enfermera, que nos ha dejado dos relatos muy completos: “Cuando la trajeron (de la clínica), la niña estaba fastidiadísima con la septicemia. Tenía llagas. Había que ponerle sueros dos veces al día y muchas inyecciones; había días que más de veinte. Una de las cosas que más la hacían sufrir eran unas colitis, que tenía continuamente y muy fuertes. La teníamos que dar de comer una especie de puré de bellotas, que eran repugnantes. Y con ese calor tan tremendo que hacía entonces en Madrid, era de las cosas que más me impresionaron a mí. Le costaba cómo tragarlo, pero la niña lo tomaba resignada, porque sabía que eso se lo habían mandado tomar así. Yo casi al final conseguí de los médicos cambiarle esta comida por un poco de agua de limón o un vasito de horchata de arroz. Ella nada decía ni pedía nada. Pero era muy niña y yo notaba que había cosas que le costaban mucho. Cuando le íbamos a poner un suero en las venas de las manos, porque las otras ya estaban llagadas y la niña muy hinchada, nos pedía rezar. Todas rezábamos con ella un Credo, un Padrenuestro. Ella lo rezaba muy despacio y ya, cuando la pinchábamos, lo rezaba más de prisa.”

Aquel puré de bellotas lo tenía que tomar cada media hora. A veces la repugnancia le impedía retenerlo, pero a la media hora estaba dispuesta a tomarlo de nuevo sin ningun-

na protesta. Cuando una vez el médico, compadecido, le preguntó: “Carmencita, ¿qué tomarías con gusto?”, respondió: “Lo que ustedes quieran.” *Esto es heroico*. Observemos también que las colitis eran “de las cosas que más la hacían sufrir”, de acuerdo con su amor a la limpieza, que ya señalamos.

Recibía más de veinte inyecciones diarias de toda clase y volúmenes, los tonicardíacos, las sulfamidas, los sueros..., intravenosas, dolorosísimas. No sabían dónde pincharla y le buscaban las venas de las manos.

Y el oído destrozado por la enfermedad, en el que se metían metros de gasa, y en el cual, cuando la amortajaron, se pudo ver el hueso. Pero aún le quedaba un oído sano... Un día el médico le dijo que se echara sobre éste, mientras le curaban el enfermo. “Echate sobre el oído sano, y estáte así, quietecita.” Mari Carmen lo tomó como una orden, y así estuvo unos cuarenta días sin moverse con la cabeza vendada. Los suyos creían que no se movía porque le resultaba una postura más cómoda. Hasta que un día se atrevió a preguntar al mismo médico: “Doctor, ¿me permite cambiar de postura?” Entonces comprobaron que la oreja sobre la que había estado recostada estaba completamente putrefacta, hasta el punto de que tocándola con unas pinzas se desprendió por sí sola.

La septicemia impedía cicatrizar la herida de la trepanación. Se le añadió una flebitis doble. Llagas gangrenosas se le formaron en los muslos. El simple roce de las sábanas la atormentaba, y el sólo cambio de la ropa le hacía desmayar. Por otra parte a nadie se le ocurrió mitigar su fiebre o sus dolores, o las largas noches de insomnio, con analgésicos ni calmantes, ni con una simple tisana.

Sólo el nombre de Jesús era el que le ayudaba a soportar los dolores, como testimonia el doctor don Antonio Martín Calderín: “Durante todo este tiempo, y a pesar de la edad de nueve años que la referida niña tenía, soportó todos los

padecimientos y dolores con una resignación verdaderamente ejemplar, y era curioso observar cómo al intentar comenzar la cura o la aplicación de una inyección, actos todos dolorosos, especialmente por el estado hiperestésico que padecía, le bastaba a la niña decir “Jesús” para soportarlo sin una queja y en una inmovilidad que jamás encontramos los médicos en estas edades.” Si los suyos rodeaban la cama, les pedía con angustia: “Decid Jesús, decid todos Jesús.”

Pero a veces no podía evitar un grito de dolor y pedía perdón, según nos dice el doctor don Carlos Blanco Soler: “Al acabar una inyección, una ampolla de suero o una transfusión, en las que no había podido contener un alarido de sufrimiento o una contracción de impaciencia, decía siempre: Perdone Ud., doctor, y perdonen todos.”

Tenemos que abreviar este retablo de dolores. Y podemos hacerlo con una frase significativa. Cuando le cortaron unos rizos, para atender mejor al oído, Mari Carmen comentó: “Desde este pelo, que me han cortado, hasta la uña de la punta del pie, me duele todo el cuerpo.” Repetía, sin saberlo, la profecía de Isaías sobre Jesús: “*Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay parte sana en él.*” (Is 1,6).

“¡Qué bueno eres, Jesús! ¡Qué bueno eres!”

Pero en medio de aquellos sufrimientos, tan excesivos para una niña, no dejaba de amar a Dios. Y en esto está la santidad. La santidad no se mide simplemente por la cantidad de sufrimiento, ni es una prueba deportiva de a ver quién sufre más. Los malos también sufren mucho, pero inútilmente. La santidad es una respuesta de amor, una vida de fidelidad en lo pequeño y en lo grande, y Mari Carmen supo mostrarla en todo momento, cuando jugaba con

sus muñecas y cuando tuvo que acompañar en la cruz al Esposo al que se había entregado.

Tampoco se olvidaba Mari Carmen en su enfermedad de los niños pobres, y éste es un rasgo de gran olvido de sí y de caridad. Ardía el mes de julio y ya pensaba en el frío que pasarían ellos en invierno, cuando decía a su madre y abuela, sentadas junto a su cama: “¿Por qué no hacéis ropas de punto para los niños pobrecitos? Cuando llegue el invierno, vosotros tendréis calefacción, pero ellos no tendrán ni qué ponerse.”

Con razón pudo testificar de Mari Carmen el doctor Blanco Soler: “El contenido amoroso de esta niña era tan extraordinario, que rebosaba su propio cuerpecito entero y, en cada mirada y en cada gesto o en cada ademán, se notaba aquél místico y profundo amor, que la niña mantenía en su corazón.” En definitiva aquí está la santidad, en la caridad, que transfigura el dolor en gracia.

En medio de los terribles dolores, su pensamiento estaba en Dios. A veces alguien le traía cuentos para distraerse. Ella los recibía sonriente, pero los dejaba sobre su mesita, sin mirarlos siquiera. El único libro que manejaba, para rezar o meditar, era el conocido devocionario infantil *Mi Jesús*. Pero, como observaron su enfermera y su abuela, lo tenía siempre señalado por la misma página. Aquella en la que se ve a un ángel que, abrazando a un niño, se lo lleva al cielo estrellado sobre las cruces y cipreses de un cementerio. Trata del alma, y se lee en él:

“Cuando se oyen cantos en un matorral, el que canta no es el matorral, sino algún pajarito que está dentro de él. También nosotros pensamos, queremos y nos acordamos de las cosas: el que piensa, el que quiere y el que recuerda es el alma. El alma es un espíritu. *El alma no morirá jamás*; y cuando el cuerpo sea llevado al sepulcro, el alma será juzgada por Dios.”

Pues el fin estaba cerca, y lo que le interesaba sobre to-

do a Mari Carmen era hablar con Dios. Oigamos de nuevo a Maripé, su enfermera: “ ¡Cómo se recogía! Nunca nadie la animó a rezar, salía de ella. Cerraba sus ojitos y estaba tan ensimismada, que la dejábamos sola... Nunca dejó de hacer sus oraciones, ningún día dejó de rezar. Recuerdo que un día, que estaba muy grave, tanto que pensábamos se nos iba...; la niña se puso casi en coma, no podía hacer nada. Al día siguiente tenía remordimientos de no haber hecho el día anterior sus oraciones. Yo le dije que había sufrido mucho y que eso bastaba..., pero ella no se quedaba tranquila y pedía perdón a Dios. Lo recordó hasta el día de su muerte. Esto a mí me impresionaba mucho, al ver a una niña de nueve años con ese tesón en no dejar sus oraciones.”

“Mamá, léeme la recomendación del alma, insistía muchas veces”, según dice el doctor Blanco Soler. Y verdaderamente impresiona que una niña deseara oír con frecuencia palabras tan graves, que empiezan así: “Sal, alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre omnipotente, que te creó; en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por ti padeció; en nombre del Espíritu Santo, que se derramó sobre ti...” Ello indica que vivía ya más en la otra vida que en ésta. Lo que se confirma en el hecho de que fuera ella la que, después de confesarse y recibir el santo Viático, pidiera un día la Extremaunción, entonces sacramento de moribundos.

Como se dijo, el día de su primera comunión cantaron en la capilla del colegio una canción del P. Otaño S.J., que le impresionó. En ella cada estrofa repite los mismos versos, con la única variación del primero y del tercero. Leamos dos de estas estrofas:

*Por mí naciste en Belén.
Jesús mío, ¡qué bueno eres!
Por mí moriste en la Cruz.
¡Qué bueno eres!*

*De todo corazón te quiero siempre amar.
¡Qué bueno eres, qué bueno eres!*

*Nos das tu carne a comer.
Jesús mío, ¡qué bueno eres!*

*Nos das tu sangre a beber.
¡Qué bueno eres!*

*De todo corazón te quiero siempre amar.
¡Qué bueno eres, qué bueno eres!*

Pues bien, en estos días tan dolorosos Mari Carmen solía decirle a su madre, y se lo dijo en los últimos momentos: “Canta, mamá, cántame aquello tan bonito que me cantaron en mi primera comunión: *¡Qué bueno eres, Jesús! ¡Qué bueno eres!*” Y su madre se lo cantaba. No sé si se ha profundizado suficientemente en la significación de este hecho, casi tan importante como el de la entrega. Primero ¿qué sentiría el día de su primera comunión con este canto, para que su recuerdo le sirviera de sostén en momentos tan difíciles! Y en segundo lugar, ¿hemos pensado en el acto de fe totalmente sobrenatural y heroica que supone ver en aquellos mismos sufrimientos la manifestación de la bondad de Dios? “Cántame aquello tan bonito: *¡Qué bueno eres, Jesús! ¡Qué bueno eres!*”. “Noté —dice su madre— que siempre se emocionaba.”

“La Virgen viene con los ángeles a buscarme”

Mari Carmen había predicho varias veces que la Virgen vendría a buscarla el día de su santo, el 16 de julio. Pero después supo que ese día se casaba su tía Sofía, y no queriendo perturbar su fiesta, anunció que se moriría al día siguiente. Pero nadie se daba por enterado. Su tía Sofía fue a visitarla la víspera de casarse, y le dijo a Mari Carmen que le traería las flores de su boda. Pero ésta respondió: “No,

tía. Mándame solamente los lirios. Esos sí los voy a necesitar.”

Amaneció el día 17. Su madre, que dormía junto a ella, la encontró mejor, pero Mari Carmen, sentándose en la cama, cosa que no podía hacer desde hacía mucho tiempo, le dijo: “¡Hoy me muero, hoy me voy al cielo!” Su madre le contestaba que no, pero “viéndola tan endiosada, comprendí que se nos iba para siempre.” “Yo, ante esta convicción —añade— con que hablaba la niña, llamé a todos los familiares.”

“Y puestos ya en derredor de su camita, ella me pidió descargar su conciencia.” ¿Qué podía remorderle la conciencia? Dos faltas. Que aquel día que estuvo tan mala —casi en coma, como hemos visto— no había rezado sus oraciones. La otra falta era que a Maripé, la enfermera, no la quería mucho (por lo que sufría con sus curas). “La enfermera lloraba y le decía: Pero, Mari Carmen, si nunca me has dado una mala contestación y me has dejado hacer lo que era necesario para curarte. Pero la niña le echaba sus bracitos al cuello y le pedía perdón.” Después rezó el *Yo pecador*.

Vuelve a pedirle a su madre que le cante la canción de su primera comunión, *¡Qué bueno eres, Jesús, qué bueno eres!* Habla con naturalidad. “Mamá, dentro de muy poco voy a ver a papá, ¿quieres algún recado para él?” “Y como yo lloraba amargamente —dice su madre—, me besó sonriendo y me dijo: No te apures, mamaíta, que yo pediré mucho por ti.” Habla con Jesús, del Pastor y las ovejas. Su madre cree que delira. “No, replica su abuela, mira qué cosas tan hermosas le está diciendo.”

Hacia la una la niña se recoge más. Su abuela quiere ayudarla espiritualmente con jaculatorias, pero la enfermera la detiene, para que no la distraiga. Está “sobrenaturalmente recogida.” “Unos momentos antes de morir, mirando a todos los familiares que rodeábamos la cama, nos aconsejó

diciendo: *Amaos los unos a los otros.*”

Mari Carmen se incorpora de la cama. Oía cantos y una música celestial. “Mamá, mamá, ¿no oyes cómo cantan? ¿No oyes qué precioso?” Pide a la enfermera que llame a su abuelita, a la que le pregunta: “¿No oyes qué bonito? ¡Qué bien cantan! ¿quiénes son?” Aquélla al principio no le contestaba, y como ella insistía, le dijo: “Son los ángeles, Mari Carmen.” Y ella, muy contenta, añadió: “Sí, sí; son los ángeles que vienen por mí.” Y abriendo los brazos, hacía como jugar al corro.

Oigamos de nuevo a su madre: “Y abriendo sus bracitos hacia el cielo, parecía querer quitar algo en el aire que la molestaba y dijo: Dejadme, dejadme ir ya. Y cuando mamá [su abuela] le preguntó: ¿Dónde quieres ir, Mari Carmen?, respondió ella, con aquella sonrisa que en toda la mañana no se apartó de sus labios: ¡Al cielo, abuelita! Voy sin pasar por el purgatorio, porque he sido mártir de los médicos.” Parece que este último día repitió la frase “Muero *mártir*”, lo que habría que iluminar con lo que había dicho antes de que “yo muero víctima.” De lo que resulta un *martirio de caridad* por aquellos por los que ofrecía su vida.

Y como el médico insistiera aún en retenerla en la tierra, dijo: “¡Déjeme, doctor, déjeme ir ya! ¿No ve que *viene la Virgen con los ángeles a buscarme?*”

Volvamos al relato de su madre: “Y, al fin, juntando sus manitas ante el asombro de todos dijo: ¡*Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía! ¡Jesús, José y María, haced que cuando muera, expire en paz y con Vos el alma mía!*” Quedamos todos admirados, pues nadie le había hablado ni de muerte, ni de agonía ni de nada parecido.” Fueron sus últimas palabras. “E incorporándose un poco, como para tomar algo, cayó sobre la almohada, muerta, sin una agonía y sin ninguna alteración del rostro.” Eran las tres de la tarde.

Transfiguración

Mari Carmen acaba de morir destrozada y deformada físicamente por la enfermedad. Pero de pronto uno de los tíos, que la contemplaba desde los pies de la cama, dijo: “Mirad, mirad qué hermosa se pone.” Todos quedaron extasiados. Oigamos por ejemplo a su enfermera: “Antes de morir estaba como rígida y olía mal. Tenía una septicemia y grandes colitis. Por mucho que se procuraba limpiarla, despedía mal olor. Cuando murió, fue impresionante. Cambió por completo. Despedía un suave olor, una fragancia que salía de ella, distinta de las flores que le pusieron. Se le quitó la rigidez. Se puso flexible.” Estaba tan transfigurada que el médico forense se resistía al principio a certificar su defunción. Decía que, dadas las circunstancias, la niña no podía menos de estar muerta, pero que aquello no era un cadáver.

Vistieron a Mari Carmen con el traje blanco de su primera comunión, y la recostaron entre los lirios de la boda de su tía. Y ocurrió algo llamativo en aquel caluroso 17 de julio. Pero que el mismo doctor Blanco Soler nos lo cuente: “La niña fue colocada en un lecho de flores. A la noche insistí en que fueran quitadas, para que, puestas convenientemente en agua, se conservaran lozanas a la hora del entierro. La madre apartó muchas, pero dejó bastantes rodeando la carita, que se animó al morir con una expresión inefable. A la mañana siguiente todas las flores que durmieron con ella estaban llenas de un misterioso rocío que las hacía permanecer como si hubieran sido recién cortadas, y en cambio, las que pretendimos conservar, se ajaron en extremo.”

El tiempo pasaba, pues había dificultades para el entierro, ya que Madrid estaba celebrando por primera vez el aniversario del Alzamiento Nacional. Transcurrieron cuarenta y ocho horas, y por fin el 19 de julio “se la enterró sin rigidez cadavérica - dice su médico- y con un maravilloso color y aspecto.” Con el rosa de su cara entre los lirios frescos.

“Y aquí en la tierra te harán estampas”

Mari Carmen estaba un día en cama con catarro, cuando recibió la visita de aquella amiga de la abuela, ex carmelita de Lisieux, con la que trataba de “cosas místicas.” Y hablando de las niñas santas, Mari Carmen le preguntó: “¿De verdad que yo también puedo ser santa?” “Claro que sí, Mari Carmen; si eres buena como ellas, si obedeces, si te mortificas, si tienes caridad, si quieres mucho, mucho a Dios... Luego, cuando te mueras, irás al cielo con Jesús y la Virgen, y aquí en la tierra te harán estampas.”

“Te harán estampas”. ¿Cuál es la imagen más propia de Mari Carmen? Esto nos plantea la cuestión de la síntesis de su espiritualidad. No parece fácil reducirla a un solo rasgo. Los que se destacan son varios: la pureza, la caridad, la entrega a Dios con el consiguiente abandono a su voluntad, la amistad con Jesús, su cualidad de víctima con connotaciones de martirio por caridad, y la Eucaristía como motor de todo lo anterior. Reduciendo, podríamos señalar tres: la *pureza*, su condición de *víctima* y la *Eucaristía*. Los dos primeros rasgos nos recuerdan aquella escena de la infancia del mártir San Maximiliano María Kolbe, cuando se le apareció la Virgen con dos coronas, una blanca y otra roja, diciéndole que escogiera. Sabemos que él aceptó las dos. Y las dos corresponderían también a Mari Carmen.

De todos modos no es un azar la última “estampa” que nos dejó Dios de Mari Carmen, con su traje de primera comunión y rodeada de lirios frescos milagrosamente conservados. De manera que la imagen de su muerte constituye en sí un mensaje completo para todos los niños —y adultos— del mundo. Pues la Eucaristía es el pan de los ángeles y el vino que engendra vírgenes. Que con lirios y de blanco nos conceda el Señor verla un día en la gloria de Bernini y en los altares del mundo.

A P E N D I C E

E N T I E R R O Y P R O C E S O

Los restos mortales de Mari Carmen, enterrados en la Sacramental de San Isidro, fueron trasladados en 1940 al panteón de su familia en La Coruña, de donde era su padre, también sepultado allí. El 22 de diciembre de 1979 fueron trasladados de nuevo, esta vez a la iglesia del Monasterio del Sagrado Corazón y la Virgen del Carmen (¡el nombre completo de nuestra niña!), de Carmelitas Descalzas. Se encuentra en Aravaca (Madrid), fue fundado en 1958 por la Madre Maravillas de Jesús, y en él vive una hermana de Mari Carmen.

La muerte de Mari Carmen fue el fogonazo que iluminó de pronto todo el curso de su breve vida. Su hermano Julio testimonia: “Pienso que esta fama de santidad debió comenzar poco tiempo después de morir y precisamente entre las personas que la vieron morir.” La fama de santidad se difundía, pero la idea del proceso no partió de sus familiares. Su madre se resistía. “Todo lo ha de mover Dios.” Hubo muchas presiones de fuera, y de sacerdotes; y en pocos años se escribieron algunas biografías de Mari Carmen. Por fin el proceso diocesano se abrió en Madrid el 11 de julio de 1961. A él asistieron la madre de Mari Carmen (que moriría en diciembre), su abuela, sus hermanos y conocidos. Dicho proceso se clausuró el 16 de abril de 1983, y fue entregado en Roma el 10 de mayo siguiente, siendo aprobado por la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos el 19 de abril de 1985. Y en 1990 se ha presentado en la misma Congregación la **Positio** sobre sus virtudes heroicas.

Roguemos al Señor por la pronta glorificación de Mari Carmen. Para ello se puede rezar la siguiente oración, con la que ha repartido desde el cielo numerosas gracias, y que redactó aquella carmelita descalza, que moriría en el convento de Tánger, y que profetizó a Mari Carmen que aquí en la tierra le harían estampas.

ORACION

(para uso privado)

Jesús, que dijiste: "Dejad que los niños se acerquen a mí", y que has querido infundir —Tú que eres "la flor del campo y el lirio de los valles"— en el alma de Mari Carmen la virtud de la inocencia y el deseo de volar al Cielo antes de verse manchada con la culpa; por aquel heroico amor con que en medio de los mayores sufrimientos mantuvo su generosa entrega, te suplicamos que, por su oración, suseites en los hogares cristianos una legión de almas puras que sigan sus huellas, y que, si es tu voluntad glorificarla en la tierra, nos concedas las gracias que te pedimos por su intercesión.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

**Ultima foto de Mari Carmen,
antes de su enfermedad**



BIBLIOGRAFIA

Existen diversas biografías de Mari Carmen, algunas para niños. La del Padre

Jesús M.^a Granero, S. J., *Víctima. Vida de la Sierva de Dios María del Carmen González-Valerio y Sáenz de Heredia* (Madrid 1984)

está redactada con gran profundidad teológica, sobre los mismos procesos de beatificación. Sin embargo en los procesos no se encuentra todo. La madre de Mari Carmen, por ejemplo, se estaba muriendo de cáncer cuando declaró, y entonces, en cama, no pudo entrar en detalles, algunos significativos sobre el día de la muerte de su hija, como el de que hacía como jugar al corro y oía cánticos celestiales. Pero esos detalles se han salvado por otras fuentes, como en la carta que, tras la muerte de Mari Carmen, escribió su madre a las Madres Irlandesas de Zalla, carta publicada en 1942 en un artículo anónimo por el P. José Julio Martínez, S.J. que firmó como:

El Cruzado Mayor, *Jóvenes amigos de Jesús. María del Carmen González-Valerio y Sáenz de Heredia: Hosanna*, n. 279 y 283 (mayo y septiembre de 1942) 151-152 y 277-278.

Esos y otros detalles, contados frecuentemente por su abuela y su madre a sus otros hijos, así como diversos por-

menores familiares de interés, se han salvado también en

La niña que se entregó a Dios. Vida de la Sierva de Dios María del Carmen González-Valerio y Sáenz de Heredia. Madrid, 1930-1939, por una Carmelita Descalza (Madrid 1990), 2ª edición.

puesto que su autora es María Lourdes González-Valerio (en religión María de San José), hermana, la penúltima, de la misma Mari Carmen. No debemos olvidar un folleto, el de la religiosa Esclava del Corazón de Jesús

Evelia Sánchez, A. C. I., *La niña que se entregó* (Salamanca 1947), ampliado y reeditado varias veces,

pues, aparte de que está escrito con agilidad, también tiene valor de fuente. En efecto, es de sólo ocho años después de la muerte de Mari Carmen, y recoge también en toda su frescura muchos datos que le comunicaban de palabra su madre y sus conocidos. De él dependen en parte las biografías posteriores. Está agotado. Sobre la conversión de Azaña se puede ver:

G.M. Verd, S.J., *La conversión de Azaña: Razón y Fe*, 214 (1986) 420-434.

Para niños hay:

"La Florecilla de la Virgen" por **Ana M^a Aragón.**

"Jugando para ser santa" por **Fr. Luis M^a Álvarez, O.C.S.O.**

"Mi Primera Comuni3n" por **M^a Mercedes González.**

"Mari-Carmen" por **Teresa Resusta R.J.M.**

Estos libros como estampas de Mari Carmen, se pueden pedir a las
MM. Carmelitas Descalzas
Carretera de Húmera, s/n - Aravaca - 28023 MADRID.

FECHAS PRINCIPALES DE MARÍA DEL CARMEN GONZÁLEZ-VALERIO

- 14 de marzo de 1930.— *Nacimiento en Madrid*, viernes, a las diez menos cuarto de la mañana. A la hora de nacer se le administró el Bautismo (agua de socorro).
- 18 de marzo de 1930.— *Bautismo* en la parroquia de Santa Bárbara, de Madrid. A las tres y media de la tarde.
- 16 de abril de 1932.— *Confirmación*.
- 27 de junio de 1936.— *Primera Comunión*.
- 29 de agosto de 1936.— Mataron a su querido padre.
- 1937-1938.— Curso escolar en el colegio de las RR. del Sagrado Corazón, en San Sebastián.
- 1938-1939.— Curso escolar en el colegio de la B. V. María, que tienen las RR. Irlandesas en Zalla (Vizcaya).
- 6 de abril de 1939.— *Jueves Santo*. Se entrega a Dios en la parroquia del Buen Pastor, en San Sebastián.
- 8 de mayo de 1939.— Se mete en la cama enferma, en el colegio, para no levantarse más.
- 17 de julio de 1939.— *Muere en Madrid* en olor de Santidad. La entierran en el Sacramental de San Isidro. Al año la trasladan, con los restos de su padre, al panteón de la familia González-Valerio, en el cementerio de La Coruña.
- 11 de julio de 1961.— Se abre el Proceso sobre la Fama de

- Santidad, Virtudes y Milagros de la Sierva de Dios, en el Palacio Episcopal de Madrid.
- 22 de diciembre de 1979.— Se trasladan sus restos a la Iglesia del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Aravaca, Madrid.
- 16 de abril de 1983.— Clausura del Proceso en el Arzobispado de Madrid...
- 10 de mayo de 1983.— Se entrega el Proceso en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos (El Vaticano).
- 19 de abril de 1985.— Se aprueba el Proceso enviado. En la Sagrada Congregación.
- 13 de junio de 1995.— Se aprueban las Virtudes en grado “heroico”, por los Consultores Teólogos.
- 5 de diciembre de 1995.— El Congreso de Cardenales y Obispos de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, aprueba también las “Virtudes Heroicas de Mari Carmen”.
- 12 de enero de 1996.— S.S. el Papa Juan Pablo II declara VENERABLE a María del Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia y manda se publique el Decreto de las Virtudes Heroicas.
Es el Proceso de Canonización, más joven que ha pasado por la Sagrada Congregación de los Santos. Cuando se apruebe un “milagro” por su intercesión, puede ser declarada BEATA.
- 21 de junio de 1996.— “Reconocimiento de los restos de la Venerable Mari Carmen”, ante el tribunal Eclesiástico nombrado por el Exsmo. Sr. Arzobispo de Madrid D. Anto-

nio M.^a Rouco, los Médicos peritos y hermanos de la Venerable.

En la exhumación se encuentran casi todos los huesos que se colocan en una nueva urna plateada, dentro del nicho en la pared de la Iglesia del Monasterio de MM. Carmelitas (como estaba hasta ahora desde 1979).

Aquí recibe la “veneración” de sus amigos de la tierra que le piden interceda por ellos ante el Tribunal de Dios Nuestro Padre.



Urna donde se conservan los restos de la Venerable Mari Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia.



Me entregue en
la parroquia
del Buen
Pastor, 6 de
Abril 1.939